

ordinario que fué de México y su hija que se hizo religiosa del convento al que cedió todo su patrimonio; tambien fué notable protector, D. José Vallejo y Hermosillo.

La hermosa cúpula fué derribada en el memorable terremoto acaecido en Abril de 1845, cayéndose á la vez la bóveda y con los escombros fué despedazada una parte de la venerada imágen. Se emprendió con empeño recomponer la capilla, para lo cual contribuyeron varios ricos con cuantiosas limosnas. Ya reparada en 1858, hubo en la Catedral Metropolitana solemnísima funcion el domingo 9 de Mayo, y en la tarde fué conducida la imágen á su capilla, con asistencia de personas distinguidas, entre ellas el Señor Arzobispo, los Obispos residentes entonces en la ciudad, el Presidente de la República y los Secretarios del Despacho, las comunidades religiosas, los colegios nacionales y otras corporaciones. La nueva capilla fué pintada por el acreditado artista D. Juan Cordero.

Tan solo puede compararse con ese temblor el acaecido el 19 de Junio de 1858, uno de los mas destructores que han tenido lugar en esta capital; todó el Palacio Nacional quedó lleno de grietas, particularmente en la parte que correspondia á la antigua casa de moneda; una escalera cayó, el barandal de un balcon arrancó del pilar el trozo de piedra que lo sostenia; en la Universidad y en los demás edificios sólidos, se veia impresa por todas partes la señal de ruina partiéndose las bóvedas y las paredes maestras y aun en la tierra se abrieron anchas cisuras, particularmente en las plazuelas de Loreto y la Concepcion; la chimenea de la fundicion, en la casa de Moneda, cayó sobre una casa de vecindad en la calle de Arsinas; las azoteas se rompieron y en muchas se levantaron los ladrillos formando ángulos; cuarteáronse porcion de iglesias y los frentes de muchas casas quedaron en deplorable estado; en el convento de San Agustín se abrió una enorme grieta por la calle del arco; en las bóvedas de la Catedral aparecieron anchas aberturas. Despues hubo algunos otros temblores de menor importancia y en Julio de 1882 acaba de verificarse uno notable en la capital, aunque ya habian cesado desde la época en que comenzaron las erupciones del Ceboruco.

Cuando la exclaustracion de las monjas en 1861, eran veintidos las que habia en el convento de Santa Teresa la Antigua. Tenian veintiseis fincas cuyo valor ascendia á doscientos veintiun mil pesos que redituaban anualmente catorce mil, y los capitales activos les producian otros mil cuatrocientos

Ex-convento é iglesia de Santa Inés.

El convento de este nombre fué fundado el año de 1600 por religiosas concepcionistas, y en la obra gastaron los marqueses de la Cadena gruesas sumas. Destruido el edificio fué reparado á principios del siglo XVIII, dedicándose la iglesia

el 20 de Enero de 1790. Muy sólido y amplio fué el convento que estuvo adornado con pinturas del célebre artista mexicano Ibarra.

La iglesia, situada de Oriente á Poniente, tenia un buen coro y elegante altar mayor; su portada pertenece al órden de arquitectura jónico-griego; despues de la exclaustacion, fué convertido el templo en almacén y hoy ha vuelto á reconstruirse y á ponerse en buen estado para la celebracion del culto religioso.

Al ser disminuido el número de conventos de monjas en 1861, eran diez y siete las ineses; el 13 de Febrero trasladáronlas al convento de Santa Teresa la Nueva, donde permanecieron hasta que fueron completamente exclaustadas en 1863; el convento fué vendido en lotes y pasó á servir para casas de vecindad; cuando volvieron las religiosas á sus conventos, en Junio de 1863, las de Santa Inés pasaron al de Santa Catalina de Sena, no pudiendo recobrar el suyo. Antes de 1861 poseia el convento veintidos fincas, además de sus capitales activos que consistian en treinta y nueve mil pesos y los pasivos que no llegaban á tres mil.

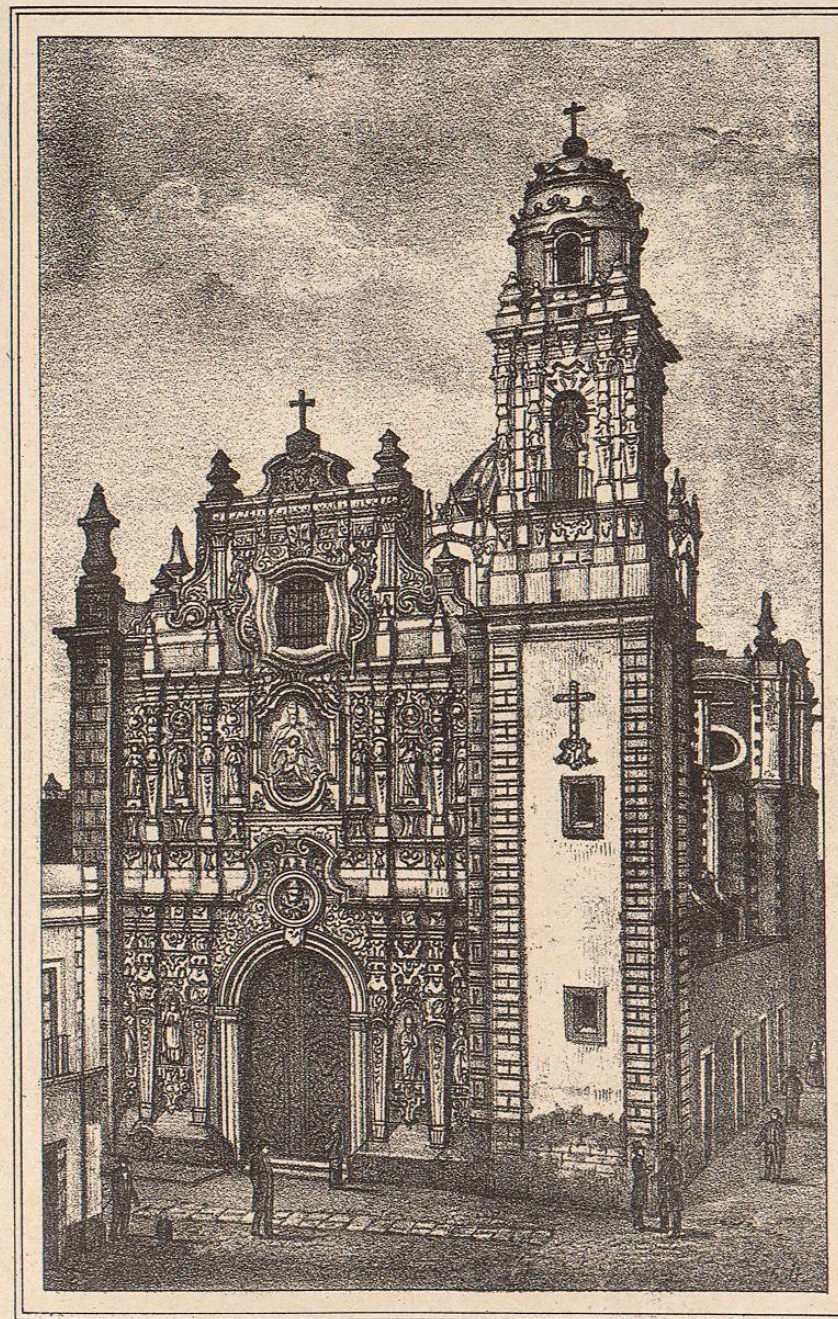
LA SANTÍSIMA.

En el sitio que ocupan la iglesia y ex-hospital de la Santísima Trinidad, hicieron Francisco Olmos y Juan del Castillo, alcaldes de sastres, á su costo la ermita de San Cosme, San Damian y San Amaro, un hospicio para recibir en él pobres y miserables personas y tambien llevaron por objeto que de esa ermita saliera la procesion del Córpus; para realizar su proyecto, pidieron dos solares en las Atarazanas, fuera de la traza, los que les cedieron en Enero de 1526, á condicion de que comenzaran desde luego la obra, como en efecto se verificó.

Segun una acta de cabildo celebrado el 23 de Enero de ese año, consta que ya entónces se estaba fabricando la ermita. Por el año de 1568 se habia establecido allí un beaterio, el que dos años despues fué convertido en convento de religiosas, ocupándolo las de Santa Clara, quienes permanecieron en ese local once años, pues en el de 1579 se trasladaron al lugar en que tuvieron su convento hasta la exclaustacion.

La ermita se fué arruinando despues de algunas reparaciones; resolvió levantar allí un templo notable, el presbítero D. José Antonio Narvaez, natural de México, rector en 1724 del colegio establecido en la Santísima, con la advocacion de San Pedro.

Ese sacerdote, con infatigable constancia, llevó adelante la obra del templo de la Santísima por espacio de veintitres años. En el colegio de San Pedro eran asistidos los sacerdotes enfermos y algunos recibian instruccion de los que mas sabian. El presbítero Narvaez no solamente logró ver terminado el templo, sino que amplió considerablemente las habitaciones del hospital; murió el 4 de Marzo



LIT. DE MURGUIA

Frente de la iglesia de la Santísima.

de 1784 y fué enterrado en el altar mayor, del lado del Evangelio, siendo el primero que allí recibió sepultura.

La congregacion de San Pedro, de la cual tomo nombre el colegio que estuvo unido á la iglesia de la Santísima, fué fundada primeramente por el bachiller Pedro Gutierrez Pisa, en 22 de Enero de 1577, unido á varios eclesiásticos, quienes despues de la conveniente deliberacion, resolvieron establecerla desde luego en la iglesia de Jesus, entretanto hallaban un lugar propio; despues se trasladó á la capilla de la Soledad en el convento de Balvanera, de donde pasó á la Santísima, en la cual permaneció por muchos años. Propúsose la congregacion formar una hospedería para eclesiásticos de fuera de México, y un hospital para los sacerdotes enfermos; pero no se logró el completo desarrollo de estas primitivas y benéficas intenciones hasta al cabo de ciento doce años, por los esfuerzos del Abad de la congregacion y tesorero de la Catedral, Dr. D. Manuel de Escalante y Mendoza. Con el tiempo sirvió aquel edificio para sacerdotes dementes y allí se estableció la congregacion de los trinitarios, dedicados á enterrar los muertos, cuyo traje es apenas recordado por algunas personas de edad. El edificio es ahora casa de vecindad y se admira aun la magnífica arquería de cantera y los vastos corredores de dos pisos.

El frente de la iglesia es digno de estudio y obra que llama mucho la atencion: encages de cantería, bustos, medios relieves, la tiara y las llaves pontificias, los padres de la iglesia de cuerpo entero y los bustos de los doce apóstoles, así como la Trinidad, adornan aquel frente, uno de los mas bellos de la capital, aunque el estilo arquitectónico sea churrigueresco. La torre está tambien adornada por el mismo estilo y es de muy hermoso aspecto. El interior del templo es espacioso, con mucha luz; la sacristía es amplia con bóvedas de mampostería.

Varias reposiciones ha sufrido la iglesia de la Santísima: se destruyó con el tiempo y habiéndola reparado, fué dedicada el 19 de Setiembre de 1677; setenta y ocho años despues sufrió otra reparacion, durando la obra por algunos años, pues hasta Enero de 1783 se bendijo.

Á causa de estarse derribando la iglesia de la Santísima y encontrarse en ruina dos arcos torales de ella y cuarteándose una parte del edificio, opinaron en Marzo de 1855 los ingenieros Griffon, Garay y Rincon que debia cerrarse, miéntras se procedía á la reposicion y así se verificó; de esta manera estuvo tres años, hasta que hechas algunas ligeras composturas, volvió á abrirse al público y se conserva en uso hasta hoy.

La iglesia está situada de Oriente á Poniente, á este viento la puerta y en frente á ella el altar mayor, el cual, así como los de los laterales, está bien adornado, estucado de blanco y oro, al estilo moderno y tiene una buena escultura representando la Trinidad. La archicofradía del Santísimo, única que habia en ese templo, tenia ántes de 1861 tres fincas por valor de once mil pesos.

*

Entre las procesiones notables que salían de la Santísima, lo era más, sin duda, la del Juéves Santo en la tarde. Desde las tres comenzaba el flujo de curiosos que, pertenecientes á las clases media é ínfima, inundaban la plaza principal y las calles de la Moneda, Amor de Dios y Santísima, por las cuales debía pasar la procesion. Las matracas, movidas á la vez, formaban un ruido semejante á un aguacero, los gritos desentonados de los que vendían las *dos rosquillas y un mamon*, unidos al rumor vago é indefinido que se levantaba en toda la numerosa reunion, formaban grande y confuso bullicio que ensordecía y á la vez tenía un raro atractivo. En las cadenas y átrio de Catedral se vendían tamales, sentándose el pueblo en las banquetas á comerlos tranquilamente, así como las rosquillas, naranjas, bizcochos y demás golosinas.

—«Una matraquita para el niño.»

—«Vea ud. que bonita.»

—«Estas son baratas.»

Tales han sido los gritos que se mezclan con el continuado ruido que producen las matracas y las voces de los vendedores de golosinas.

En el centro de la plaza y al rededor del átrio, había otra clase de ruido y de consumidores; grande multitud cercaba los puestos de *chia, orchata, limon, piña, tamarindo*; allí los gritos de «¿qué toma ud.? pasen á refrescar» y otros análogos son los que principalmente se escuchan todavía en los últimos días de la Semana Mayor, en cada puesto y en diferentes tonos, ya proviniendo de una anciana andrajosa y sucia, ya de muchachos harapientos ó de mozas con traje de *chinas* ó *polblanas*.

Interesante y variada era la vista de la plaza mayor la tarde en que la procesion se desprendía de la Santísima. Á las cuatro y media ya era imposible transitar por aquellas calles, llenas de un gentío que se movía como las olas de un mar agitado, levantadas por el viento y deshechas para volverse á formar, ó como la corriente de un río crecido, apareciendo sobre el oleaje de cabezas, las cañas cubiertas de júdas y matracas; las familias *de tono* se dirigían á alguna casa amiga, atravesando difícilmente aquella muralla humana, para disfrutar de la fiesta que ofrecía la procesion. Los balcones del tránsito se llenaban de preciosas jóvenes que solían murmurar de las que pasaban; los zaguanes estaban henchidos de individuos de la clase media y también llenaba ésta la iglesia de la Santísima. Todos esperaban la procesion.

Cada quien se colocaba donde podía verlo todo, observar cuanto pasaba, y cada uno, satisfecho de su posición, ni por un momento envidiaba la de los demás, criticábanse tan solo entre sí los que pertenecían á una misma clase, y salían en esa tarde á relucir trajes que no se volvían á presentar hasta el siguiente año.

La procesion comienza á salir. Los nazarenos, papel interesante reservado á los

aguadores que se ponían un traje especial, conducían en hombros á las imágenes; el traje de esos nazarenos consistía en un calzon corto de pana ú otro género morado para el juéves en señal de pasión y negro para el viérnes en prueba de luto, cuyo calzon iba sobre otros blancos muy encarrujados que, en forma de abanico, sobresalían por cada uno de los costados externos de las rodillas; la camisa igualmente encarrujada, sobre la cual aparecía un escapulario de tafetan ó sarga, morado ó negro, según el día; generalmente iban descalzos y llevaban sobre el pecho un gran escudo con el santo de la cofradía á que pertenecían.

Las imágenes conducidas en la procesion y que atraían las miradas, eran: la de San Pedro que parecía verdaderamente llorosa; la de Jesús con la cruz áuestas, en cuyo semblante se dibujaban perfectamente la fatiga y el dolor en aquel acto de su pasión, siendo de notar la actitud en el momento de quererse levantar y la de Simón Cirineo, muy expresivas y naturales; la imagen de la Santísima Virgen de los Dolores, en cuyo rostro se retrataba la aflicción que sintió en el camino al Calvario, y la escultura de la Santísima Trinidad, bastante hermosa y obra verdaderamente artística.

Los nazarenos iban alumbrando acompañados de uno que otro particular; algunos, muy pocos, de la cofradía de San Homobono, de los cuales uno llevaba el estandarte ó en su lugar un clérigo, sin que fueran muchos los eclesiásticos ó seculares asistentes, y cerraba la procesion una compañía de infantería, marchando al compás de la música y con tambores á la sordina. La procesion regresaba á la Santísima, ya entrada la noche, y la concurrencia se iba esparciendo por todas partes para dirigirse en seguida á ver iluminadas las iglesias.

LOS BARRIOS DE SAN LÁZARO, LA SOLEDAD Y LA PALMA.

Populacho de México.

Cada barrio de la capital tiene su tipo, y los del Oriente conservan, únicos, el aspecto que tenían en los pasados siglos. Mucho ha adelantado el populacho de México en su traje y maneras; sin embargo, por el rumbo de Oriente, hácia San Lázaro, aun le cubre las cejas y los ojos el cabello greñudo y polviento, las uñas se le desarrollan enormemente y la falta de aseo cria en sus cuerpos una segunda piel de escamas. Nótese bien que me refiero á la última clase social que solamente ha quedado en aquellos suburbios, pues ya México, como todas las capitales europeas y las grandes ciudades norte-americanas, cuenta en su seno la misma elegancia y el mismo refinamiento de costumbres en las clases acomodadas.

De ese populacho que vive por San Lázaro, Santo Tomás y Manzanares, sa-